

## EDITORIAL

**Yoer Javier Castaño Pareja<sup>1</sup>**

Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Orcid: 0000-0003-1027-7962

Correo electrónico: yoer.castano@correounalvalle.edu.co



La rebelión campesina protagonizada por los pueblos de los estados de Morelos, Guerrero y Puebla a principios de la década de 1910 constituyó no solamente un acontecimiento clave que marcó el devenir de los mexicanos en particular, sino también de los latinoamericanos en general, pues demostró que dicha clase social es un sector subalterno dotado de agencia o capacidad de subvertir el orden dominante establecido si este ataca las viejas costumbres, tradiciones y derechos consuetudinarios que aseguran el bienestar general de los más necesitados o menesterosos. Por ende, y casi medio siglo antes que acaeciera la Revolución China, el campesinado de aquella región latinoamericana demostró que tal grupo sí podía convertirse en un verdadero agente revolucionario, con lo cual se ponía en entredicho el anclado prejuicio profesado por el marxismo ortodoxo que concebía a dicho estamento como apolítico, e incluso contrarrevolucionario, dado su apego a la propiedad privada de la tierra y su conservadurismo.

Esta insurrección que dio nacimiento a la consolidación del Ejército Libertador del Sur comandado por Emiliano Zapata, estaba integrada por los miembros variopintos de esas sociedades indígenas y mestizas amenazadas por la expansión brutal que habían experimentado las haciendas de dicha área durante el porfiriato a expensas de los recursos naturales de las poblaciones adyacentes. De modo que como si de una célula cancerosa se tratara, estas unidades agrícolas de producción en las que regían formas coercitivas de trabajo (como el peonaje por deudas) habían fagocitado los ejidos, las tierras comunales y las aguas de aquellos pueblos, un proceso que había comenzado

<sup>1</sup> Doctor en Historia de El Colegio de México. Director y editor de la revista Historia y Espacio.

desde mucho tiempo atrás pero que se había acelerado desde finales del siglo XIX debido a que las demandas de materias primas en los polos industriales del Atlántico Norte habían espoleado el ensanchamiento de tales empresas agrarias que se habían consolidado tanto como unidades productivas como disciplinarias.

Ciertamente, la reducción de los recursos naturales vitales para la supervivencia de esas comunidades era cada vez más escasa, lo que constreñía a sus miembros a perder su amada autonomía y economía autárquica al verse despojados de sus heredades. La miseria generada por el menoscabo que habían sufrido de sus medios de producción y bases de subsistencia los obligaba a engancharse como jornaleros de tales unidades agrícolas o a abandonar su terruño para migrar a las grandes ciudades circunvecinas para sobrevivir como vendedores informales o empleados del servicio doméstico. De manera que la restitución de estos recursos y el respeto de derechos consuetudinarios que habían sido vulnerados por los hacendados y los representantes del Estado durante aquellos funestos años fueron los combustibles que avivaron el fuego de la sedición en dicha zona.<sup>2</sup>

Así que la conmemoración de los 115 años del inicio de la Revolución Mexicana y de los 114 de la promulgación del programa agrario propuesto por los campesinos zapatistas en su famoso Plan de Ayala son los motivos que justifican la publicación de este número especial de nuestra revista Historia y Espacio, que en esta ocasión está dedicada a un dossier que reflexiona sobre aquel fenómeno transcendental que trastocó las estructuras económicas, sociales y políticas de esa región de la república Mexicana y que sirvió de inspiración, motor de esperanza e incluso modelo de lucha para millones de campesinos a todo lo largo del orbe durante el caótico siglo XX. Por ende, en esta oportunidad el núcleo central del contenido de nuestra revista está integrado por los artículos de siete investigadores que analizan diversas facetas de aquella gran sedición rural.

Con base en documentos de archivo, testimonios orales, trabajo de campo y una densa bibliografía, tales autores abordan cuestiones tan variopintas como la preservación y defensa pueblerina de los títulos o escrituras centenarias que los hicieron propietarios de las tierras usurpadas, los cambios que experimentó la educación oficial que recibían los niños zapatistas durante esa coyuntura, las estrategias cotidianas utilizadas por tales aldeas para resistir al embate de las haciendas, las transformaciones provocadas por la guerra en la cultura material (y especialmente en la indumentaria) de aquellos asentamientos zapatistas y

los mecanismos implementados para preservar las prácticas consuetudinarias tanto materiales como mentales que, hasta el día de hoy, los aglutinan como comunidad y los dotan de una identidad colectiva que transciende los intereses individuales. A grandes rasgos, estos especialistas en tal materia no sólo abordan tal suceso desde la perspectiva política, militar, económica y cultural (delimitándolo en un contexto regional o nacional), ya que también se ponen en entredicho viejos estereotipos historiográficos imperantes hasta el presente que simplifican y reducen la enorme complejidad de aquel levantamiento armado que se propagó por las cálidos territorios de Morelos, Guerrero y las comarcas frías contiguas a los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl durante los años aludidos.

Por consiguiente, Carlos Roberto Cruz Gómez estudia la estructura agraria de la región de Chalco en una perspectiva de larga duración, haciendo énfasis en las interacciones entre los pueblos de aquella zona y las haciendas desde el período colonial hasta las primeras décadas del siglo XX. Esto le permite sustentar que, aunque en dicha jurisdicción hubo tensiones rurales desde mucho tiempo atrás, allí ni la usurpación de tierras comunales ni la cuestión de la recuperación de éstas fueron los factores centrales que nutrieron el conflicto que estalló en 1910. Por su parte, Edgar Urbina Sebastián analiza el impacto de dicha revuelta en la zona de Milpa Alta durante la efímera dictadura de Victoriano Huerta, para demostrar que dada la idónea ubicación geográfica de los pueblos de aquel espacio, éstos fueron víctimas de la disputa revolucionaria por que padecieron los atropellos tanto de los ejércitos federales como de los zapatistas durante aquellos años aciagos, lo cual alteró la vida comunitaria con pérdidas materiales, muertes humanas y numerosos exilios.

A la par, Armando Josué López Benítez demuestra que los municipios zapatistas sostuvieron desde siglos atrás una resistencia silenciosa y clandestina contra los poderes hegemónicos que estaba sustentada en la tradición escrita, dado que documentos coloniales, obras evangelizadoras, oratoria sagrada, canciones, corridos y planes conspirativos decimonónicos fueron usados como instrumentos para fortalecer su cohesión social y visión política; y además, les permitieron justificar su lucha revolucionaria y preservar su sentido corporativo. Asimismo, Julieta Paula Mellano escudriña la manera en que los sectores subalternos de la zona zapatista adoptaron y adaptaron a sus necesidades y cosmovisiones el relato oficial sobre distintos acontecimientos históricos y cómo este tipo de resistencia popular ha reformulado tanto la representación de su pasado como recreado la memoria colectiva para evitar la

expropiación y desaparición de sus comunidades campesinas ante la violenta embestida de las élites dominantes.

Paralelamente, Baruc Martínez Díaz rescata de las espesas sombras del olvido a la figura del general Herminio Chavarría, quien fue un integrante del Ejército Libertador del Sur muy influyente entre los pueblos de la zona lacustre del valle de México, aunque poco reconocido en la historiografía mexicana y zapatista a pesar de que su trayectoria fue decisiva en los momentos álgidos de dicha sublevación, especialmente durante la ocupación de la Ciudad de México a fines de 1914 y principios de 1915. En sintonía con lo anterior, Jazmín Citlali Flores Pacheco explora los mecanismos puestos en marcha por los zapatistas para impulsar y fortalecer la educación escolar de sus localidades durante la guerra con el carrancismo ya que hacía parte de su proyecto político, y que pese a problemas como negligencia municipal, deserción escolar y precariedad presupuestal buscó formar ciudadanos integrales, satisfacer las demandas de las comunidades indígenas y cristalizar las utopías que emergieron durante aquel contexto revolucionario. Y por último, Héctor Alexander Mejía García examina la indumentaria zapatista como parte de su cultura material apoyándose en registros fotográficos de la Revolución Mexicana. De ahí que tal autor asevera que la vestimenta de aquellos grupos subalternos fabricados con materiales locales y métodos artesanales no solamente reflejaba la estratificación social, pues también entre los sectores populares de la tierra fría de los volcanes se consolidó tanto en una expresión identitaria o de solidaridad grupal como en símbolo de resistencia contra la sistemática opresión.

Cabe resaltar que este dossier temático también está integrado de un material documental que, sin lugar a duda, servirá tanto de inspiración como de instrumento heurístico y hermenéutico tanto para los investigadores del movimiento zapatista como de los estudiosos de la multifacética, enrevesada y desafiante Revolución Mexicana. De este modo, tres reconocidos y apasionados estudiosos de aquel fenómeno social y político que alteró para siempre la vida cotidiana de las comunidades campesinas e indígenas de esa región (como lo son el desaparecido Francisco Pineda Gómez, Moroni Spencer Hernández de Olarte y Salvador Rueda Smithers) nos deleitan en esta oportunidad con sus relatos en los cuales se abarcan cuestiones trascendentales para comprender aquel enmarañado suceso. El primero de estos autores aborda las profundas sinergias entre las ideas magonistas y zapatistas alrededor de la cuestión agraria; el segundo de ellos describe el papel central que desempeñó el militar e intelectual colombiano Julio Cuadros Caldas dentro del Ejército Libertador

del Sur y su estrecha amistad con el comandante zapatista Everardo González Vergara; y el último de éstos estudia la forma en que los acontecimientos centrales y más paradigmáticos de la Revolución Mexicana han sido reelaborados, reconstruidos y hasta cierto grado manipulados tanto por las clases populares como por las élites dominantes para satisfacer sus propias ambiciones.

Se suman a estos tres escritos una entrevista en la cual se hace alusión a los retos metodológicos que supuso la curaduría y el montaje de la exposición itinerante que sobre el movimiento zapatista se inauguró recientemente en una de las sedes de la Universidad del Valle (en Colombia) bajo la dirección de los profesores Ana María Gómez García y Moroni Spencer Hernández de Olarte. Y como si de la joya de la Corona se tratara, se publica por primera vez en nuestra revista (que ya tiene casi medio siglo de existencia) para el agrado de nuestros lectores y como inestimable fuente primaria para los especialistas en dicha temática, un bellísimo diario de campo que hasta hoy había permanecido inédito. Este fue elaborado por la zapatóloga María Angélica Rodríguez cuando realizaba entrevistas a profundidad y hacia observación participante entre las comunidades zapatistas de Morelos y Guerrero durante el primer lustro de la década de los 70, ello con el fin de tomar los testimonios de los ya por entonces ancianos que, más de medio siglo atrás, habían participado activamente en tal contienda o habían sido testigos oculares de esa gran rebelión campesina que trastocó el mundo rural mexicano. Gracias a este maravilloso documento histórico, también tenemos el privilegio de conocer por primera vez los retratos de los miembros de esa masa campesina que luchó encarnizadamente por la defensa de valores universales como la justicia, la libertad y la equidad. Así que, apreciados lectores, los invitamos a sumergirse en este dossier temático que busca comprender (con el auxilio de reconocidos expertos, material documental invaluable y el diario de campo inédito de una etnóloga) la inmensa complejidad de una lucha campesina que infundió esperanza a millones de personas en el mundo entero.